

CAPÍTULO 32

Psicología

JULIO SEOANE

1. EL SIGLO XX COMO PSICOLOGÍA

La preocupación por el comportamiento humano, ya sea éste normal o patológico, individual o en grupo, no se puede limitar al siglo que acaba de finalizar. Tiene tras de sí unos cuantos siglos, algunos dirían que varios milenios, sin embargo, es cierto que la psicología tal como la conocemos hoyes característica del siglo xx. Es más, se puede afirmar que la sensibilidad y el interés psicológico son rasgos fundamentales del siglo pasado, hasta el punto de que ninguna otra disciplina dedicó mayor cantidad de horas ni más profesionales a su objeto de estudio, que en el caso de la psicología está constituido básicamente por las necesidades, los sentimientos y el pensamiento del individuo occidental.

Para comprender que el siglo xx es el siglo de la psicología basta recordar que en sus inicios se estudiaban los fenómenos psíquicos, mientras que al final sólo importaban los fenómenos psicológicos. El objeto de estudio se desvanece, al mismo tiempo que la propia ciencia se convierte en la protagonista de todos los problemas sociales. Pero esta transformación exige tiempo, acontecimientos históricos fundamentales, autores que acaparan toda la atención en cada etapa, experimentos y teorías que difícilmente se pueden detallar en unas cuantas páginas. El panorama general puede resumirse, quizá, diciendo que comenzó

como una empresa científica, para fragmentarse más tarde en distintas áreas comprometidas con problemas de urgencia social y terminó, al menos de momento, como una psicología asistencial especialmente dedicada al bienestar de los demás.

Desde esta perspectiva se puede dividir la psicología del siglo xx, sin duda de una forma arbitraria aunque significativa, en cinco grandes períodos. En las tres primeras décadas, aproximadamente hasta la crisis económica del 29, predomina la ilusión científica, el deseo de fundamentar rigurosamente la nueva psicología, dentro del ambiente de transformaciones bélicas de una guerra inacabada, la Primera Mundial, y de los espejismos racionalistas de la Revolución Rusa.

El segundo período abarca los siguientes veinte años, hasta un poco después de la Segunda Guerra, caracterizado por los deseos reformistas, en muchos aspectos progresistas, con los nacionalismos y las ideologías en el fondo de la escena. La psicología ya no sólo es científica, sino que pretende aportar vías de solución a los grandes problemas de crisis y marginación social, al irracionalismo del comportamiento humano y confía plenamente en el aprendizaje acumulativo como terapia individual y colectiva.

Los años cincuenta y sesenta son, primero, de reconstrucción y, después, de expansión económica, incluyendo un fuerte incremento de la población y nuevos planteamientos sociales. Al final de esta etapa, los jóvenes entran decididos en escena y las revueltas estudiantiles marcan el inicio de algo distinto. La psicología va más allá de la ciencia aplicada y quiere comprometerse con los nuevos movimientos sociales, además de utilizar la tecnología de posguerra para plantear un nuevo modelo sensible al procesamiento y elaboración de la información, a la comunicación en general, dentro de lo que se denominó psicología cognitiva.

Los años setenta están reservados para el cuarto período que establecemos. Una sola década para una época de transición, caracterizada por muchos como una etapa de crisis y fragmentación psicológica, aunque este fenómeno también afecta a otras muchas disciplinas y campos de actividad social. Al mismo tiempo que se extiende cierta desconfianza hacia la ciencia, surgen denominaciones nuevas para distintas áreas psicológicas, desde la psicología política hasta las neurociencias, donde las fronteras con otras disciplinas se hacen discutibles y confusas. También comienzan los planteamientos post, desde la sociedad post-industrial, pasando por el post-materialismo, hasta el post-modernismo, todos los cuales tendrán una importante repercusión en la psicología de los siguientes años.

Por último, el quinto período comprende desde los ochenta hasta final del siglo, veinte años de una inmensa expansión de la psicología en todo el mundo, marcada principalmente por la huida de planteamientos sistemáticos, por una fragmentación casi defensiva, y por el éxito social de las prácticas profesionales. También es el comienzo de unas cuantas voces críticas hacia una empresa que comienza con la ciencia decimonónica y termina actualmente por justificarse en la asistencia social. El éxito profesional y la autocritica serían las dos grandes características que marcan la entrada en el nuevo siglo.

Pero antes de rellenar con temas y tendencias psicológicas cada uno de estos períodos, es necesario apoyarse en un punto de partida que, al menos, tiene que describir la situación a finales del siglo XIX, donde aparecen ya muchas grandes figuras con obras que facilitan el inicio de una psicología científica.

2. EL PUNTO DE PARTIDA

Es evidente que el origen de la nueva ciencia hay que buscarlo en algunos elementos de la filosofía del siglo XIX, que dan lugar a la aparición de los primeros laboratorios de psicología experimental. Un poco más difícil resulta describir el clima que engendró esos laboratorios, principalmente porque la situación intelectual y la sensibilidad básica eran muy distintas en las diferentes áreas geográficas que encabeaban la cultura del momento.

Collier, Minton y Reynolds (1991) establecen acertadamente una relación entre las aportaciones intelectuales de la época y las condiciones históricas y sociales de cada región. Inglaterra, dicen, estaba pasando por un período de expansión industrial rápida que facilitó el desarrollo de las teorías de la evolución social, *dellaissezfaire* y del utilitarismo racionalista. El recuerdo de los disturbios sociales y políticos en Francia sensibilizan hacia el estudio de los comportamientos irracionales e inconscientes. La fragmentación política alemana impulsa los estudios sobre el carácter nacional como fundamento de unificación. El desarrollo de una nueva sociedad americana, también industrial y en expansión, impulsa hacia el darwinismo pero de carácter más individualista y pragmático, donde cada uno es responsable de sus logros sociales.

Con estas sugerencias en el entramado social y político, está claro que Francis Galton es uno de los representantes más característicos de la futura psicología inglesa, con publicaciones como *Genio hereditario*

(1869) o *Investigaciones en torno a las facultades humanas* (1883). El telón de fondo es Charles Darwin, pero también Herbert Spencer, que influyó especialmente en la psicología americana posterior.

Francia se preocupa por los fenómenos colectivos, marcada todavía por el recuerdo de la Revolución, tratando de entender la irracionalidad de las muchedumbres, la imitación, el contagio y la adaptación racional al nuevo orden social. Además de la tradición de Auguste Comte y de los esfuerzos teóricos y empíricos de Emile Durkheim, Gabriel Tarde, prolongado y reconvertido más tarde en la psicología americana, publica *Las leyes de la imitación* en 1890. *La psicología de las masas* de Gustav Le Bon aparece en 1898, para muchos uno de los libros de mayor impacto durante casi la primera mitad del siglo xx, hasta que resulta devaluado por las fantasías de poder de algunos políticos y dictadores.

Alemania tiene un papel especial en este punto de partida para la psicología del siglo xx. Además de la poderosa influencia de sus aportaciones filosóficas, nos ofrece el mito de origen de la psicología científica y experimental a través de los trabajos de Wilhelm Wundt (1832-1920), considerado como el fundador de esta tendencia. Recogiendo las tradiciones intelectuales de su entorno, publica entre 1873 y 1874 los dos volúmenes de los *Elementos de la psicología fisiológica*, entendida como una psicología al modo fisiológico y quizá el primer manual sistemático de psicología experimental. En 1879 establece en Leipzig un laboratorio de psicología, considerado casi siempre como fecha y origen de la nueva ciencia independiente. A lo largo de su dilatada vida, Wundt elabora concepciones que van bastante más lejos de una psicología individual de carácter experimental, concepciones casi siempre difuminadas por los que se aferran a la ciencia decimonónica, pero en este primer período ocupa el papel de fundador de la psicología contemporánea.

Stanley Hall (1844-1924) es otro de los pioneros en Norteamérica que también construye un laboratorio de psicología experimental en 1883, en la Universidad Johns Hopkins. Pero William James (1842-1910) tendrá más influencia al publicar en 1890 sus *Principios de psicología*. El impacto filosófico y psicológico de James se realiza principalmente en el siglo xx, pero su pensamiento tiene especial relevancia para ilustrar el ambiente de transición entre ambos siglos. Sus ilusiones científicas iniciales y la moderación de su posición veinticinco años más tarde, pueden recordarse mediante sus propias palabras, citadas por Eliot Hearst (1979). En una carta escrita desde Alemania en 1867 comenta:

Me parece que ha llegado el momento de que la psicología se convierta en una ciencia -se han hecho ya algunas medidas entre la región de los cambios físicos en los nervios y la aparición de la conciencia (en forma de percepciones sensoriales), y se pueden hacer más. Estoy estudiando lo que ya se conoce, y quizá sea capaz de realizar algún trabajo sobre el tema. Helmholtz y un hombre llamado Wundt en Heidelberg están trabajando en este campo.

En la versión abreviada de sus *Principios de psicología* (1892), veinticinco años después, sus esperanzas han cambiado:

No conocemos todavía los términos necesarios para obtener leyes elementales. Esto no es ciencia, sólo es la esperanza de una ciencia. [...] Mientras tanto la mejor forma de facilitar su llegada es comprender la ignorancia de nuestras tentativas, y no olvidar nunca que los supuestos científico-naturales con los que empezamos son cosas provisionales y discutibles.

El punto de partida de finales del siglo XIX está repleto de esperanzas de convertir la antigua psicología racional en una ciencia, pero los más perspicaces mantienen algunas reservas sobre la realización del proyecto. En términos generales, sin embargo, las primeras décadas del nuevo siglo rechazan la mayor parte de las dudas y se dedican apasionadamente a sujetar la mente con las riendas del método científico.

3. LA ILUSIÓN CIENTÍFICA

Si a finales del XIX se colocan los pilares básicos para una psicología científica, las tres primeras décadas del nuevo siglo significan el desarrollo de una psicología sistemática que condiciona toda la evolución posterior. La Primera Guerra Mundial, la Revolución Rusa y la gran crisis económica del 29 son los símbolos externos de la obsesión por un orden racional y científico en todos los ámbitos sociales. La psicología es una conclusión más de ese orden. Si una edad heroica es la consecuencia social y psicológica de la cristalización de unas fronteras, según Toynbee, los treinta primeros años del siglo XX constituyen la edad heroica de una psicología delimitada por la ciencia.

Cualquier enumeración de autores y tendencias de esta época sería incompleta en estas pocas páginas, pero se pueden destacar los que tuvieron mayor repercusión social para que la imaginación de los interesados complete el resto del panorama. Y Wundt es uno de los que hay

que volver a mencionar, porque entre 1890 y 1920 escribe diez volúmenes sobre *La psicología de los pueblos*. Mientras que la *Psicología fisiológica* era una psicología individual experimental, *La psicología de los pueblos* pretende una psicología social no experimental y, por tanto, una perspectiva complementaria del que se considera fundador de la disciplina actual (Danzinger, 1983). Considerar este trabajo como un producto senil es, por un lado, intentar que su pensamiento se conserve dentro de los límites del laboratorio, pero además significa ignorar que ya lo tenía proyectado en su primera época experimental.

También es en Alemania, durante esta época, donde surge una corriente psicológica que supera los límites del laboratorio aplicando su propia metodología. La psicología de la Gestalt, con Max Wertheimer, Kurt Koffka y Wolfgang Kohler como sus principales representantes, experimenta con la percepción más allá del simple asociacionismo, enfocando los fenómenos psicológicos como totalidades, como formas o configuraciones que van más allá de sus partes constituyentes. Esta concepción totalizadora no sólo influye en la percepción, sino que impulsa un estilo metodológico que desarrolla estudios sobre el pensamiento y sobre procesos sociales más complejos como los grupos, la terapia o la investigación sobre personalidad hasta los momentos actuales.

Estas décadas también contienen la mayor parte del trabajo de Sigmund Freud (1856-1939), desde *La interpretación de los sueños* (1900) y la *Psicopatología de la vida cotidiana* (1904), pasando por *Tótem y tabú* (1913) hasta llegar al *Malestar de la cultura* (1930), entre otras muchas. Freud es otro «héroe» de la psicología contemporánea. Se puede estar a favor o en contra, se puede interpretar, completar, desarrollar o reconvertir, pero es uno de los pocos que ha conseguido estar presente hasta la actualidad en la ciencia, las terapias, la literatura, el cine, el periodismo y hasta en el razonamiento del hombre de la calle. Sin duda alguna, es el mayor intento que se ha hecho por conseguir una explicación racional de los aspectos irracionales de la conducta humana. Su influencia abarca a innumerables psicólogos de gran importancia, donde Alfred Adler (1870-1937), con su psicología individual, y Carl G. Jung (1875-1961), con la psicología analítica, sólo son dos de sus primeros discípulos y también los primeros disidentes de una larga lista.

Pero también son éstos los años en los que se divulgan los tests psicológicos, posiblemente la tecnología más conocida y de más éxito social de toda la práctica psicológica. Los estudios de Alfred Binet (1857-1911) en Francia, encargado por el Ministerio de Educación de una clasificación de los niños en función del rendimiento escolar, producen la primera

escala de inteligencia, poco después de publicar el *Estudio experimental de la inteligencia* (1902). Lewis M. Terman (1877-1956) adapta la prueba en América, elabora el famoso «cociente intelectual» ya sugerido por el psicólogo alemán Stern, y en 1916 escribe *La medida de la inteligencia*. Edward L. Thorndike (1874-1949) incorpora técnicas psicométricas y la teoría de la medida al estudio de las pruebas mentales y sociales (1927). En Inglaterra, Charles E. Spearman (1863-1945) construye la teoría bifactorial de la inteligencia, compuesta por un factor general que subyace a todas las tareas y factores específicos dependientes de cada actividad. Las bases para la difusión masiva de los tests de inteligencia ya están servidas. Durante la Primera Guerra se aplican masivamente a los ejércitos para clasificar el nivel de los soldados y distribuirlos rápidamente según sus posibilidades. Este hecho es de suma importancia en la evolución posterior de la psicología, porque el sujeto individual estudiado en el laboratorio es sustituido por grandes muestras de sujetos, donde tienen más importancia los indicadores estadísticos que los relatos personales.

La maduración del proyecto de Wundt, el impacto de las teorías de Freud y el desarrollo y aplicación masiva de los tests de inteligencia no agotan ni de lejos la descripción de las ilusiones científicas de la psicología de estos años. A principios de siglo, dos investigadores se preocupan por la adaptación de los emigrantes de las zonas pobres de Europa a la gran sociedad americana: son William I. Thomas, de la Escuela de Chicago, y el filósofo polaco Florian Znaniecki. Ambos publican entre 1918 y 1920 un informe de investigación sobre el campesinado polaco en Europa y en América, sus normas, actitudes y sentimientos, en la medida en que facilitan y dificultan su integración en la nueva sociedad. Comienza así la aplicación de estudios sociales para mejorar la situación de poblaciones marginadas, confiando en que la ciencia tiene cada vez más repercusión en el bienestar humano.

El campo de la psicología social estaba ya marcado por dos grandes manuales, considerados como el inicio formal de esta disciplina. Por un lado estaba la *Introducción a la psicología social* (1908), del inglés William McDougall (1871-1938), en la que fundamenta todos los procesos psicológicos sobre la teoría de los instintos. Aunque siempre manifestó un mayor aprecio por su obra *La mente de grupo* (1920), su manual de psicología social tuvo gran influencia tanto en Inglaterra como en América. El otro gran manual origen de la disciplina pertenece al americano Edward Ross (1866-1951), publicado también en 1908, un reformador social empeñado personalmente en aplicar soluciones racionales a los problemas sociales. En el mismo año, el sociólogo inglés

Graham Wallace publica *La naturaleza humana de la política* (1908), donde defiende la tesis de que no todas las decisiones políticas se producen racionalmente, y que influyó decisivamente en el americano Harold D. Lasswell, autor de numerosas obras entre las que destaca *Psicopatología y política* (1930).

Pero la ilusión científica en la psicología de esta época no estaría completa sin mencionar al conductismo, una de las orientaciones más sistemáticas y persistentes hasta los tiempos actuales. El psicólogo americano John B. Watson (1878-1958) es considerado como el fundador de esta corriente, desde que publica un artículo conocido como el «manifiesto conductista» en 1913, con el título *La psicología como la ve el conductista*. Años más tarde, influido ya por el concepto de reflejo condicionado del fisiólogo ruso Iván Petróvich Paulov, publica *La psicología desde el punto de vista conductista* (1919). A partir de Watson, el conductismo se convierte en la gran psicología americana que ocupa buena parte del siglo xx, extendiéndose pronto por Europa y acaparando buena parte de la investigación y la práctica de la psicología contemporánea. Sus características ambientalistas, situacionistas y asociacionistas, su énfasis en el aprendizaje del individuo y su carácter eminentemente pragmático es un producto típico del pensamiento norteamericano. A pesar de sus múltiples evoluciones posteriores, de las críticas recibidas desde otras perspectivas y del certificado de defunción que ya tenía extendido hacia 1960, continúa influyendo en múltiples aspectos de la psicología actual.

El ambiente social y político sufre grandes cambios tanto en Europa como en América alrededor de los años treinta. Pero las esperanzas en una psicología científica, con base racional y experimental, están ya plenamente asentadas. El resto del siglo tendrá que enfrentarse a este hecho, ya sea para llevarlo a sus últimas consecuencias o para intentar salirse de este marco en favor de alternativas más flexibles y más adecuadas a la evolución del propio concepto de conocimiento científico.

4. PSICOLOGÍA PROGRESISTA

Caracterizar la psicología que se desarrolla aproximadamente entre los años treinta y finales de los cuarenta como progresista, se presta indudablemente a equívocos. Interpretado en un sentido ideológico, no es posible equiparar como progresistas a Fromm y a Skinner. Pero si entendemos por progresismo psicológico la creencia de que esta disciplina científica puede colaborar eficazmente con el desarrollo gradual

e indefinido de la sociedad, entonces se puede admitir que la mayor parte de los psicólogos de esta época comparten esta creencia. Si en el período anterior la ilusión consistía en crear una ciencia experimental e independiente, ahora las esperanzas se centran en emplearla para comprender y solucionar los grandes problemas sociales. Todavía no se empeña en ser una ciencia aplicada, en el pleno sentido de la palabra, pero está convencida de que puede perfeccionar el avance gradual y acumulativo de la sociedad.

Por supuesto que esta creencia no tiene el mismo sentido en todos los países occidentales. En Alemania prospera el nacionalismo, cuando se esperaba un aumento de los partidos comunistas, algo inesperado que se recibe con una alegría irresponsable por todo el conservadurismo europeo. Los laboratorios de psicología y la experimentación continúan desarrollándose, pero el psicoanálisis consigue un protagonismo considerable. Algunos psicólogos aplican la teoría de moda al fenómeno nacionalista y se convierten en oráculos de la tragedia que está por suceder. Por ejemplo, Wilhelm Reich (1897-1957), un psicoanalista disidente y expulsado de la asociación profesional y también comunista expulsado del partido. Sus obras tienen un marcado carácter progresista, tanto en el sentido ideológico como en el psicológico, pero cabe destacar en este contexto *La psicología de masas del fascismo* (1933) que anticipa buena parte de las características posteriores del nacionalsocialismo. Como también le ocurre a Erich Fromm (1900-1980), preocupado igualmente por la psicología del individuo autoritario que describe en *El miedo a la libertad* (1939), una de sus obras más conocidas. Pero la lista es más larga, y debe recordarse también, entre otros, el trabajo de Abraham Maslow sobre *La estructura del carácter autoritario* (1943).

Mientras tanto, América intenta superar la crisis económica, se enfrenta a los problemas de emigración, a la marginación y a la delincuencia urbana, y observa con suspicacia el creciente autoritarismo europeo. El pragmatismo iniciado por William James, junto con el filósofo Charles S. Peirce, adquiere un carácter más aplicado con John Dewey (1859-1952) y George Herbert Mead (1863-1931), como el núcleo original de lo que será la Escuela de Chicago. Los temas abarcados y las publicaciones realizadas por Dewey son muy amplios, con trabajos importantes desde 1887 hasta publicaciones póstumas sobre aspectos filosóficos, psicológicos, sociales, políticos y educativos. Las tres grandes características que los manuales destacan en su obra son el funcionalismo, la intersubjetividad y el humanismo. En cuanto a George H. Mead, también escribió sobre aspectos muy diversos y además en

publicaciones dispersas y poco sistemáticas. Quizá su obra más conocida sea *Espíritu, persona y sociedad* (1934), y ni siquiera es suya puesto que se elabora a partir de las notas de sus alumnos. Sin embargo, su influencia es amplia y llega a ser el inspirador de lo que se conoce como interaccionismo simbólico, una corriente más sociológica que psicológica, que se desarrolla después de la Segunda Guerra.

Sin embargo, no todo es academia en el ambiente de una América en conflicto. Diferentes grupos de universitarios y psicólogos, socialmente críticos y profesionalmente en paro, consiguen fundar una sociedad psicológica dedicada a los grandes problemas sociales. La *Sociedad para el Estudio Psicológico de Problemas Sociales* (SPSSI) aparece en 1936 y reúne a numerosos jóvenes que más tarde serán grandes figuras de la psicología americana. La otra opción es la de Burrhus Frederic Skinner (1904-1990), que desde el laboratorio y la universidad, comprometido con todo tipo de instituciones gubernamentales, inicia una corriente psicológica conocida como conductismo radical, donde el condicionamiento carece de refuerzo o de gratificaciones y se limita a incrementar la frecuencia de las respuestas. Este registro acumulativo de la conducta se convierte en la base del aprendizaje y también en la esperanza del progreso social, tal y como defiende en su conocida y discutible utopía social *Walden Dos* (1948). Sus numerosas publicaciones y el rigor de sus trabajos influyeron durante varias generaciones en un amplio sector de la psicología americana y también en muchos núcleos de la europea.

Pero no todo el conductismo es radical. Existen numerosos autores que trabajan dentro de la misma sensibilidad pero manteniendo posturas alternativas y más flexibles, todos ellos conocidos por sus aportaciones a la teoría del aprendizaje como núcleo central del comportamiento humano y animal. Por ejemplo, Clark L. Hull, empeñado en convertir la psicología en una ciencia natural exacta, planteada en términos cuantitativos y expresada como un sistema matemático-deductivo (1940). Como también Edward C. Tolman, influido por las ideas de la Gestalt y que destaca los factores cognitivos del aprendizaje mediante lo que llamó conducta propositiva (1932). Sin olvidar a Edwin R. Guthrie que defiende la simple contigüidad de estímulos y respuestas (1935). Y además de los autores sistemáticos, surgen también obras colectivas que tienen gran impacto tanto en la psicología como en la sociedad en general, una de las más conocidas *Frustración y agresión* (1939), escrita por Dollard, Doob, Miller, Mowrer y Sears, que intenta conjugar el aprendizaje con determinados aspectos del psicoanálisis, una hipótesis que se aplica en esa época a multitud de situacio-

nes sociales concretas, desde la delincuencia hasta las situaciones de guerra.

Una de las figuras que merece atención especial, que reúne casi todas las características de este período en cuanto a carácter científico, aplicación social y esperanzas progresistas de la psicología, es Kurt Lewin (1890-1947). De origen alemán, su trabajo se distribuye en dos grandes períodos. Desde los años veinte hasta 1933, trabaja en la Universidad de Berlín, cercano a las ideas de la Gestalt pero con características especiales. Investiga en motivación, personalidad y en el desarrollo de un sistema propio para representar sus teorías, que denomina psicología topológica. En 1933 se marcha a Norteamérica, huyendo del nazismo como muchos otros, y sus trabajos e investigaciones adquieren un sentido distinto hasta su muerte en 1947. Al observar la preocupación por el autoritarismo creciente en Europa y su posible contagio en la sociedad americana, desarrolla una tecnología social democrática que bautizó con el nombre de Dinámica de Grupos, donde el trabajo, las actitudes y los sentimientos se modulan a través de relaciones y comunicaciones horizontales, en lugar de apoyarse en estructuras jerárquicas o en la influencia de expertos o autoridades. La aplicación de esta técnica a conflictos raciales, laborales, familiares y en otros ámbitos le proporcionó tal éxito, que no es exagerado afirmar que se convirtió en el psicólogo americano más influyente de su época. La creación del Centro de Investigación en Dinámica de Grupos en el MIT, significó su mayor éxito y la oportunidad de incidir en toda una generación de jóvenes psicólogos que más tarde ocuparían lugares relevantes en las universidades americanas, como es el caso, por ejemplo, de León Festinger, Morton Deutsch, Stanley Schachter, Harold H. Kelley o John Thibaut, por citar sólo unos cuantos.

En conjunto, hay que reconocer que este período de creencias progresistas en psicología tiende a producir grandes figuras y no tanto proyectos colectivos, que son más característicos de épocas posteriores. A los autores ya mencionados, habría que añadir algunos otros que imprimen trazos definitivos en la psicología contemporánea. Un ejemplo más es Gordon W. Allport (1897-1967), psicólogo humanista que concibe la personalidad como un conjunto de hábitos, actitudes y rasgos (1937), apartándose tanto del conductismo como del psicoanálisis. También Louis I. Thurstone (1887-1955), que desarrolla la estadística aplicada a la psicología y que concibe la inteligencia como un conjunto de aptitudes mentales primarias (1938). Tampoco se puede omitir al inglés Frederick Bartlett (1886-1969), que destaca los factores sociales de la memoria (1932), o al ruso Leon S. Vygotsky (1896-1934), que des-

taca el desarrollo del lenguaje como determinante de la educación infantil y el desarrollo social en *Pensamiento y lenguaje* (1934).

Al final de este periodo aparecen las figuras de transición, que comienzan como psicólogos sistemáticos, continúan adaptándose a la fragmentación psicológica y terminan más adelante dedicándose a la asistencia psicológica. El ejemplo típico es Hans J. Eysenck (1916-1996), de origen alemán pero inglés de adopción, que en esta época publica sus *Dimensiones de la personalidad* (1947), pero que influye principalmente durante varias décadas posteriores. Son los últimos restos de la edad heroica y del progreso psicológico. La Segunda Guerra Mundial se encargará de cambiarlo todo, desde el recurso a la tradición hasta la beatífica creencia en el progreso de la ciencia.

5. COMPROMISO y COMUNICACIÓN

Durante los años cincuenta y sesenta se produce una auténtica revolución en los intereses y preocupaciones de la sociedad, la política y, sin duda alguna, en la forma y el estilo de la psicología. Hay que dar por supuesto que las tendencias e investigaciones de los periodos anteriores continúan desarrollándose de un modo aparentemente normal, además de un incremento importante de la profesionalización. La novedad está en que la guerra cambia por completo el significado de todo lo hecho y de todo lo que se pretende hacer.

Reconstrucción y expansión son los dos conceptos más descriptivos. Reconstrucción para explicar la barbarie de lo que ha ocurrido y que pone en entredicho todo tipo de racionalidad y de progreso científico decimonónico. Expansión porque se produce un desarrollo económico y social desconocido hasta entonces, junto con una explosión demográfica que replantea los sistemas educativos, los valores tradicionales y los sistemas de comunicación social.

Ante este panorama, la psicología entra en una fase maníaco-depresiva. Pesimista a veces por el fracaso en sus ilusiones científicas y en su terapéutica social, maníaca otras por su expansión profesional y por enfrentarse a un auténtico laboratorio social lleno de posibilidades e interpretaciones nuevas, lejos ya de los blancos ladrillos de los recintos experimentales. El compromiso ideológico y la comunicación social son dos expresiones que resumen, mejor o peor, el humor psicológico de estos veinte años.

Comienza la década de los cincuenta con tres grandes aportaciones absolutamente emblemáticas. Para empezar, *La personalidad autori-*

taria (1950), un informe de investigación dirigido por Adorno, Frenkel-Brunswik, Levinson y Sanford, que intenta explicar cómo la ciencia y la técnica se pusieron al servicio de la masacre y el holocausto. Una personalidad patológica, entendida como enfermedad contagiosa, que tiene sus raíces en la familia tradicional, en la sumisión ante la autoridad y en la agresividad ante los que se consideran inferiores. La Escala F, o escala de fascismo, pretende medir las actitudes y rasgos de esta enfermedad, y su popularidad durante varias décadas no tiene parangón en ningún otro instrumento psicológico. Diez años después, Stanley Milgram (1963) defenderá, mediante unos experimentos espectaculares en Harvard, que cualquier grupo humano puesto en las circunstancias adecuadas, puede manifestar un comportamiento cruel, obediente y autoritario.

Desde la perspectiva de la sociedad democrática, lejos del nazismo alemán, el sociólogo americano David Riesman publica *La muchedumbre solitaria* (1950), que en muchos sentidos discurre paralela a la personalidad autoritaria, aunque ahora, analizando el carácter americano que admite fácilmente las consignas, propaganda y normas de como portamiento de una sociedad, es la nueva clase media que representa al hombre dirigido por los otros.

La tercera obra que marca el inicio de la década es *Infancia y sociedad* (1950), de Erik Erikson, un neofreudiano que al establecer las etapas psicosociales de desarrollo elabora el concepto de crisis de identidad, que hace referencia al cambio de valores dentro de la moderna sociedad industrial y que reivindica la necesidad de una identidad personal coherente. La aplicación de sus teorías a las psicobiografías de Martín Lutero (1958) y de Gandhi (1969) fueron ampliamente conocidas y comentadas en una época de transición.

Al margen de los intentos de reconstrucción personal y social, la psicología del momento también aporta múltiples elementos para conseguir un compromiso con el entorno social existente. Leon Festinger mantiene que las metas personales se establecen mediante la comparación social (1954) y, más adelante, añade que los individuos rechazan la inconsistencia o disonancia cognitiva (1957), teoría que ofrece múltiples aplicaciones prácticas y que tuvo gran influencia durante casi dos décadas. Maslow publica *Motivación y personalidad* (1954), en la que establece una jerarquía de las necesidades y un impulso hacia la autorrealización como avance progresivo a través de las distintas etapas. McClelland (1961), junto con Atkinson y otros (1953), desarrolla el motivo del logro, entendido como éxito social en un sentido similar al de Max Weber. Rotter (1966) construye una escala de *locus de control*

interno-externo para diferenciar las expectativas personales sobre el control del ambiente. Angus Campbell informa en *El votante americano* (1960) sobre la sensación de impotencia (*powerlessness*) de la clase media americana. Hovland, Janis y Kelley publican *Comunicación y persuasión* (1953), un estudio sobre el cambio de actitudes a través de la comunicación social, aplicada a la propaganda, publicidad y consumo de la sociedad de posguerra. Todos apuntan en el mismo sentido, la necesidad de eficacia, de compromiso, de competencia y de adaptación a una sociedad con características nuevas (Stone, 1981).

Además de las miradas retrospectivas hacia la guerra y los intentos de adaptación a la nueva situación, se producen también aportaciones críticas hacia el modelo social del momento junto con la búsqueda de salidas originales hacia el futuro. El filósofo radical Herbert Marcuse golpea la cultura establecida, mediante una combinación de las ideas de Marx y de Freud, y publica *Eros y civilización* (1955) y *El hombre unidimensional* (1964). Después, Michel Foucault desafa a la misma cultura, intentando destruir sus prejuicios básicos, con *Locura y civilización* (1960) y *Las palabras y las cosas* (1966). Poco a poco, el lenguaje, las palabras y la comunicación se convierten en el foco de todas las críticas al pasado social y en el núcleo creativo de todos los nuevos modelos del hombre y de su mente. En 1957 aparecen las *Estructuras sintácticas* de Noam Chomsky, que inicia los modelos generativos, revolucionando la lingüística y golpeando con dureza la base teórica del conductismo y volviendo a introducir como problema el concepto de la mente. Sólo faltaba para transformar del todo nuestra visión de las cosas que los sociólogos Peter L. Berger y Thomas Luckmann presentaran *La construcción social de la realidad* (1966), donde el conocimiento queda establecido socialmente mediante las objetivaciones comunes de la vida cotidiana y apoyado primariamente por la significación lingüística.

El producto más visible y concreto de esta nueva forma de entender al mundo, a la sociedad y al propio individuo se presentó mediante la «revolución cognitiva». Precedida por la cibernética con Wiener y la teoría matemática de la comunicación de Shannon y Weaver, aparecidas a finales de la guerra, ahora el computador se convierte en modelo, metáfora o analogía, según los casos, del comportamiento humano. y así entra en escena la psicología cognitiva, plétórica de promesas e intelectualmente refrescante, en su doble perspectiva de procesamiento de información y de modelos mentales (Del Claux y Seoane, 1982). Una de las obras colectivas que mejor resumen estos comienzos es la editada por Feigenbaum y Feldman, *Computadores y pensamiento* (1963), donde la psicología y el diseño artificial se proyectan hacia el

futuro. poco después, Ulric Neisser acuña el título de *Psicología cognitiva* (1967), desde una perspectiva más profesional pero menos técnica. Éste es el disparo de salida para una reinterpretación tendenciosa de todos los viejos procesos mentales superiores.

La consecuencia final de este período de transformaciones es la movilización estudiantil, huelgas, revueltas o convulsiones, que tienen su cumbre en el mayo francés del 68. Una multitud de universitarios, descendientes de la explosión demográfica de posguerra, protestan y desaprueban la cultura establecida en la que habían crecido. Comprueban que hasta pueden desestabilizar algunos gobiernos en los que transcurrió su educación, como en el caso del de Charles de Gaulle. Comienza así el declive progresivo de las instituciones universitarias, vistas con recelo por unas administraciones que gastaban grandes recursos económicos y humanos en socializar unas generaciones que luego se enfrentaban a las estructuras sociales en el poder (Seoane, 1995).

Visiones terapéuticas del holocausto, intentos de adaptación a la nueva sociedad, críticas a la cultura heredada, modelos informáticos del hombre y medios masivos de comunicación y de movilización resumen el balance de estos veinte años de psicología y ciencias sociales. Las implicaciones y consecuencias se manifiestan claramente en la próxima década, los años setenta.

6. CRISIS y FRAGMENTACIÓN

La psicología de los setenta realiza, sin duda, numerosas aportaciones originales que merecen una especial atención. Sin embargo, existen en esa época múltiples acontecimientos sociales e intelectuales que, en parte, empalidecen los trabajos, autores y orientaciones en comparación con el impacto de esos sucesos sobre el ánimo de los psicólogos. Se puede pensar como una época de transición, pero la calificación más frecuente es la de crisis y fragmentación en psicología.

Es imposible pensar que no afecte al humor psicológico el desarrollo y término de la guerra del Vietnam, que cuestionó las ideas de patriotismo y devolvió a muchos héroes de guerra a la marginación, a la delincuencia y al tráfico de drogas. La crisis del petróleo de 1973 constituye la primera advertencia pública de que los recursos energéticos y naturales son finitos, algo ya sabido pero que hasta entonces no había entrado directamente en las conciencias individuales. Los movimientos sociales, creados unos y renovados otros a resultas de las nuevas formas de protesta de finales de los sesenta, impulsan estudios psicológi-

cos de carácter organizativo, actitudinal o de ideologías en el ámbito ecológico o ambiental, en el del pacifismo, los derechos de la mujer y contra la discriminación de las minorías en general.

Por otro lado, en las fronteras difusas de la psicología aparecen nuevas líneas de pensamiento que, si bien no provocan la atención inmediata de los psicólogos, tenninan por afectar a los fundamentos de su actividad. Un ejemplo es la crítica de la ciencia clásica, divulgada inicialmente por Thomas Kuhn en 1962, pero renovada y radicalizada por Feyerabend en *Contra el método* (1974) y *Las ciencias en una sociedad libre* (1978), entre otros muchos autores de la nueva filosofía de la ciencia. La psicología, hacía poco orgullosamente incorporada a la actividad científica, se siente conservadora ante estas orientaciones críticas. Hay que añadir, además, que diversos autores detectaban la aparición de una sociedad nueva, arrinconando a la que había servido para el nacimiento, fundamento y desarrollo de la psicología, es decir, a la sociedad industrial. Daniel Bell publica en 1973 *El advenimiento de la sociedad postindustrial*; Ronald Inglehart defiende unos valores posmateriales, después de haber escrito *La revolución silenciosa* (1977) y Jean-François Lyotard habla de *La condición posmoderna* en 1979. Demasiado peso para las espaldas de la «vieja» psicología experimental, que había surgido en aquel laboratorio de Leipzig hacía exactamente un siglo y que ahora intentaba mirar hacia otro lado para no desesperarse demasiado (Pinillos, 1997).

La respuesta adecuada ante estas presiones es un vago sentimiento de crisis. Se escriben docenas de artículos sobre la crisis de la psicología, que pronto se convierten en múltiples y necesitan clasificación. Se habla de una crisis de confianza, porque no conseguía solucionar los problemas de la sociedad. Crisis experimental, porque numerosos factores artificiales inciden en la situación y en el sujeto, alterando y sesgando los resultados supuestamente objetivos. Crisis de relevancia, ya que los prejuicios científicos le impiden comprometerse plenamente con una acción social que es histórica y cambiante, nunca fija y establecida. Pero también hay una crisis ética, puesto que una gran parte de los trabajos se realizaron engañando a los sujetos sobre el sentido real de la investigación que estaba realizando, manipulando así las intenciones y sentimientos de los demás, un abuso que había que impedir mediante reglamentos y normas explícitas. Y algunas crisis más, todas ellas como variantes de la misma respuesta defensiva ante las presiones intelectuales del momento.

Esto no significa que falten importantes contribuciones en la psicología de esta década (Pelechano, 2000). Al contrario, dentro de la in-

tranquilidad que se percibe, muchos autores y orientaciones continúan progresivamente su trabajo. Hans J. Eysenck extiende su trabajo publicando importantes obras, como *La estructura de la personalidad humana* (1970) o *Psicoticismo como dimensión de personalidad* (1976). Albert Bandura desarrolla su influyente modelo de aprendizaje social y, por poner otro ejemplo relevante, Jean Piaget (1896-1980) prosigue con su dilatado proyecto de investigación en inteligencia, psicología infantil y educación publicando *Pisología y pedagogía* (1970).

Sin embargo, la moda psicológica de esta década es la psicología cognitiva, donde proliferan los estudios de memoria, percepción y pensamiento, con una pléyade de autores imposible de enumerar aquí. Hay que reconocer, de todas formas, que al final de los setenta y comienzos de los ochenta queda poco ya de la «revolución cognitiva», convertida en una promesa incumplida, donde lo cognitivo se asimila a otras muchas corrientes y aparecen modelos cognitivo-conductuales, psicoanalíticos o sociales. No es infrecuente encontrar escritos en estos finales, donde se consideran precursores de la orientación cognitiva a Freud, Piaget o hasta al mismo Wundt, simplemente porque hablaban de procesos mentales. Por mencionar dos importantes manuales, que marcan en un extremo el momento cumbre y en el otro la saturación y el declive de esta corriente, se pueden señalar *El procesamiento de información humana* (1972) de Peter. H. Lindsay y Donald A. Norman para el primer caso, y *Psicología cognitiva y procesamiento de información* (1979) de Roy Lachman, Janet Lachman y Earl C. Butterfield para el comienzo de la dispersión final.

La última característica destacable en este período es la fragmentación. Los psicólogos dan prioridad a los problemas de urgencia social frente a los desarrollos sistemáticos, y esto hace que aparezcan una multitud de disciplinas o especializaciones con nombres nuevos y fundamentos imprecisos, como la psicología política, la psico-oncología, la psicología de las adicciones, la psicología de la seguridad vial, la psicología de la familia o la psicología de género, unos pocos ejemplos de una serie interminable. Esto produce una fuerte dispersión de los estudios, una endogamia de los investigadores y un olvido generalizado de las fuentes originales de la psicología. La fragmentación va acompañada de una multiplicación exagerada de revistas, publicaciones, asociaciones, congresos y profesionales que inundan los medios de comunicación científica y de comunicación social, un consumo con frecuencia inútil de recursos institucionales, humanos y económicos, y el consiguiente deterioro de la calidad intelectual. Y así comienza el período actual, los últimos veinte años del siglo xx, abocados inevitable-

mente a una crisis teórica y de fundamentos pero acompañados del éxito de la divulgación social.

7. DESPUÉS DE LA PSICOLOGÍA Y MÁS ALLÁ

Los últimos veinte años de la psicología están muy cercanos, ditiilmente admiten una mirada hacia atrás y, en consecuencia, se perciben demasiado borrosos. Lo primero que salta a la vista es que la sociedad ha cambiado más que nunca, al menos así nos lo parece desde aquí y ahora. Antes de los ochenta es historia y el presente ya es después. Basta con mencionar la caída del muro de Berlín, el fenómeno de la globalización y la comunicación por internet para darse cuenta de que cualquier cosa, incluida la psicología, es otra cosa.

Desde el punto de vista psicológico es una época en la que predominan los balances, los intentos de saldar cuentas con el pasado y el empeño de predecir algún futuro, aunque sólo sea a diez años vista. Con mayor razón todavía al recordar que en 1979 se cumplía un siglo del laboratorio de Wundt, un siglo de psicología científica y experimental, aunque la utilización de estos términos produzca cierto sonrojo y desazón en la actualidad. En este sentido están apareciendo obras de indudable interés, pero con muy vagas conclusiones, entre las que se puede mencionar *The First Century of Experimental Psychology*, editada por Eliot Hearst (1979), como también *A Century Of Psychology as Science* de Sigmund Koch y David E. Leary (1985) o, intentando predecir a corto plazo, *Psychology in the 1990's* de K. M. J. Lagerspetz y P. Niemi (1984). Estas y muchas otras acostumbran a ser obras colectivas escritas por especialistas en cada área, que resumen el pasado y establecen conclusiones de lo que debería ser el futuro.

Al margen de las revisiones generales, los años ochenta y noventa han producido también trabajos nuevos y ciertas corrientes originales. La psicología cognitiva ha continuado evolucionando, aunque ya no revolucionando, entremezclada con la Inteligencia Artificial, la psicofisiología y las aplicaciones en el campo de la salud. Se consolidan también algunas aportaciones europeas, como por ejemplo los trabajos de Serge Moscovici, comenzadas mucho antes pero ahora con un reconocimiento más amplio, principalmente su concepción de las representaciones sociales como explicaciones originadas en la vida cotidiana. En general, se potencia la sensibilidad social de la psicología a través de múltiples corrientes que no alcanzan la aceptación general, pero que sin duda influyen en el panorama de la época. Por mencionar algunas,

se puede señalar la etogenia, que impulsa la observación en contextos naturales y está asociada al filósofo británico Rom Harré y al psicólogo social americano Paul Secord. El análisis del discurso de J. Potter y M. Wetherell se preocupa por las diversas formas en que las personas hablan e interpretan el mundo social, junto con el estudio de la retórica de Michael Billig, por ejemplo, como técnica de persuasión y como reacción contra el modernismo, en conexión con la investigación sobre narrativa que intenta establecer conexiones coherentes entre los acontecimientos vitales. También la inteligencia se adapta a los nuevos tiempos y Daniel Goleman convierte la *Inteligencia emocional* (1995) en un sistema de relaciones sociales, con mucho éxito y poco rigor, mientras que Howard Gardner intenta especializada con mayor precisión en *Inteligencias múltiples* (1993) o en *Inteligence Reframed, Multiple Intelligences for the 21st Century* (1999). De igual forma, el tema de las terapias y las aplicaciones a la salud continúan expandiéndose (Ibáñez y Romero, 2000).

De todas estas nuevas sensibilidades sociales es conveniente destacar el denominado *construccionismo social*, principalmente representado por Kenneth J. Gergen, psicólogo norteamericano pero con muy buenos y frecuentes contactos con la psicología europea, junto con un creciente número de simpatizantes a lo largo de una geografía variada. Su perspectiva se centra básicamente en el discurso como vehículo a través del cual se articula tanto la personalidad como el mundo, y en la forma en que funciona ese discurso dentro de las relaciones sociales. Una de las consecuencias más destacadas es que concibe el conocimiento como una construcción producida mediante el intercambio comunitario (Garzón, 2001). El pensamiento y las publicaciones de Gergen se encuentran actualmente en plena producción, y abarcan aspectos tan variados como la psicología social histórica, la metateoría socio-racionalista, la teoría microsociedad del conocimiento o el posmodernismo en psicología. Entre sus múltiples publicaciones, se pueden destacar *Hacia la transformación del conocimiento social* (1982), la *Psicología social histórica* (1984), *El Yo saturado* (1991) o *La construcción social en contexto* (2001).

Sin embargo, cualquier inventario que se realice sobre esta época, por completo que sea, no conseguirá describir el sentimiento más generalizado que inquieta a la mayor parte de los psicólogos contemporáneos. Una vaga sensación que en muy raras ocasiones se atreven a manifestar en público, por miedo al reproche de sus colegas o por simple supervivencia profesional. Me refiero a la sólida impresión de que nunca la psicología estuvo tan carente de fundamentación teórica o de

conocimiento riguroso, junto con el convencimiento de que tampoco nunca ha tenido tanto éxito y penetración social en todo tipo de instituciones públicas y privadas de la vida social.

En los últimos tiempos, es frecuente recurrir a las tesis de Steiner Kvale (1992) para canalizar esta sensación a través de otro que, además, tiene matices más constructivos. Resumiendo su postura (Seoane, 1996), Kvale mantiene que si la psicología es un proyecto de la modernidad y si es cierto que la modernidad ha llegado a su fin, entonces puede que se esté produciendo el final de la psicología como ciencia. Desde esta perspectiva, plantea tres escenarios posibles para una psicología de fin de siglo. En primer lugar, la muerte de la psicología o al menos su disolución como ciencia singular, combinándose con otras disciplinas como la neurofisiología, la lingüística y otras. La segunda posibilidad sería su configuración definitiva como un conjunto heterogéneo de ideas reunido con la finalidad de consumo en una cultura de masas. En tercer y último lugar, Kvale piensa que también es posible, y ésta es su aportación constructiva, que la psicología se enfrente a las raíces de la existencia humana en situaciones históricas y culturales específicas, y que se haga receptiva a las intuiciones de la condición humana que proporcionan las artes y las humanidades.

y aquí comienza el tercer milenio, segundo siglo de la psicología científica, con mucho trabajo hecho y varias alternativas por delante, esperando que se produzca lo imprevisible en la búsqueda de unos nuevos fundamentos del conocimiento psicológico.

EpíLOGO

En cierta ocasión, hacia 1978, paseando lentamente por las calles de Santiago de Compostela junto con José Luis Pinillos, uno de los grandes maestros de la psicología española actual, me preguntó de pronto si yo creía que existiría la psicología dentro de cien años. Después de pensar un momento, respondí que sí, que quizá se llamase de alguna otra manera, pero que seguiría tratando de los mismos problemas. Con un gesto entre escéptico y bondadoso, me dijo que quizá tenía razón.

Poco tiempo después me di cuenta de que yo había respondido con lo que me parecía correcto para el momento, pero no lo que realmente pensaba. Lo que de verdad creía era que seguiría llamándose psicología, pero que trataría de cosas bastante distintas a las actuales, y lo sigo creyendo todavía.

BIBLIOGRAFÍA

- COLLIER, G., MINTON, H. L. Y REYNOLDS, G. (1991), *Escenarios y tendencias de la psicología social*, Madrid, Tecnos, 1996.
- DANZINGER, K., «Origins and basic principles of Wundt's "Volkerpsychologie"», *British Journal of Social Psychology*, 22 (1983), págs. 303-313.
- DEL CLAUX, I. y SEOANE, J. (eds), *Psicología cognitiva y procesamiento de información*, Madrid, Pirámide, 1982.
- GARZÓN, A., «Political Psychology as discipline and resource», en D. Bar-Tal, K. Gergen y C. W. Leach, *Psychology as politics*, número monográfico de *Political Psychology*, 22, 2 (2001), págs. 347-356.
- HEARST, E. (ed.), *The First Century of Experimental Psychology*, Hillsdale, NJ, Lawrence Erlbaum Associates, 1979.
- IBÁÑEZ, E. Y ROMERO, R., «Terapia psicológica adyuvante», en F. Gil (ed.), *Manual de psico-oncología*, Madrid, Nova Sidonia, 2000.
- KOCH, S. y LEARY, D. E., *A Century of Psychology as Science*, Nueva York, McGraw-Hill, 1985.
- KVALE, S., «Postmodern Psychology: A contradiction in terms?», en S. Kvale, *Psychology and postmodernism*, Londres, Sage, 1992.
- LAGERSPETZ, K. M. J. Y NIEMI, P. (eds.), *Psychology in the 1990's*, Amsterdam, North-Holland, 1984.
- PELECHANO, V., *Psicología sistemática de la personalidad*, Barcelona, Ariel, 2000.
- PINILLOS, J. L., *El corazón del laberinto. Crónica del fin de una época*, Madrid, España, 1997.
- SEOANE, J., «Perspectivas sociales y políticas de la educación en el final de siglo», en C. Genovard, J. Beltrán y F. Rivas, *Psicología de la instrucción. Nuevas perspectivas*, Madrid, Síntesis, 1995.
- «El escenario postmoderno de la psicología social», prólogo a G. Collier, H. L. Minton y G. Reynolds (1991), *Escenarios y tendencias de la psicología social*, Madrid, Tecnos, 1996.
- STONE, W. F., «Political Psychology. A Whig History», en S. Long (ed.), *The Handbook of Political Behavior*, Nueva York, Plenum Press, 1981.